

# CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación  
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.  
Universidad de Murcia

Volumen XXII  
Enero-Junio 2006  
Número 41

## SUMARIO

### ESTUDIOS

- Guzmán Manzano**  
*El primado de Cristo en el orden de la redención* ..... 1-40
- Vicente Cudeiro**  
*La existencia de Dios a partir de ciertos principios racionales y de algunos hechos de orden físicoquímico y biológico* ..... 41-65
- José Penalva Buitrago**  
*Cultura, ciudadanía y educación en Agustín de Hipona* ..... 67-85
- Rogelio García Mateo**  
*Un jumillano arzobispo de Palermo, Juan Lozano o.s.a. (1610-1679)* .. 87-101
- Francisco Henares Díaz**  
*Fray Antonio Villanueva, la Inmaculada y el Camarín de la Iglesia de los franciscanos de Hellín (Albacete)* ..... 103-128
- Francisco Gómez Ortín**  
*Religiosidad latente de Alejandro Lerroux* ..... 129-147
- Francisco Javier Díez de Revenga**  
*Poesía cíclica religiosa en la Murcia de Posguerra (1946-1948)* ..... 149-163

### NOTAS Y COMENTARIOS

- Gonzalo Fernández**  
*Una alternativa ortodoxa al Credo Niceno de 325 en el Sínodo de Antioquía de 341* ..... 165-167
- José Luis Restán**  
*Retos y perspectivas para la Iglesia en España* ..... 169-176
- Manuel Lázaro Pulido**  
*Dios y las cosmologías modernas* ..... 177-181
- Ignacio Jericó Bermejo**  
*Esta Iglesia permanece en la Iglesia Católica. A propósito de un artículo de Karl Josef Becker* ..... 183-201
- Pedro Pérez Verdú**  
*Teología y Apología del Dios Cristiano* ..... 203-207
- BIBLIOGRAFÍA** ..... 209
- LIBROS RECIBIDOS**..... 245

## RELIGIOSIDAD LATENTE DE ALEJANDRO LERROUX

FRANCISCO GÓMEZ ORTÍN

Este solo título dejará alucinado al que conozca la trayectoria histórica de este prócer político español, habida cuenta del estereotipo que corre del personaje como un anticlerical furibundo. Imagen falsa y distorsionada, como vamos a demostrar con dos interesantísimos documentos personales, que publicamos. Quienquiera que lea estas cartas, autógrafas e inéditas, de Alejandro Lerroux, no podrá menos de exclamar con Virgilio: *Quantum mutatus ab illo!* ¡Qué cambio! Es difícil creer que sea el mismo hombre público quien redacta esas cartas y quien pronunció aquella desafortunada arenga en 1906: “Jóvenes bárbaros de hoy, entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura, destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie”.

Antes, trazaremos una breve semblanza del personaje, uno de los políticos más clarividentes de la 1ª mitad del siglo XX. El republicanismo de su edad madura, centrista y moderado, le acarrearía las iras de los más fanáticos, y, sobre todo, el haber desertado temprano de la masonería le valdría la enemiga de los masones, como el de su conmillitón Martínez Barrio, que lo traicionó escindiendo el Partido Radical, a despecho de hundir la República y precipitar a España a la catástrofe de la Guerra Civil. Estampamos aquí un juicio acertado que se hizo de él a raíz de su muerte: “El día 17 de julio de 1936 salió para Portugal, donde fijó su residencia. Desde allí alentó cuanto pudo el Movimiento Nacional, dando órdenes secretas a los afiliados a su partido para que secundasen la lucha contra el marxismo. En julio de 1947 regresó a España, instalándose en su casa de Madrid, donde falle-

ció dos años después, a causa de afección cardíaca. Murió en el seno de la religión católica y confortado con los auxilios espirituales. No es tiempo todavía de enjuiciar la actuación de este notable político, pero no hay duda de que fue un gran español y que de no haber sido entorpecida su labor gubernamental por maniobras políticas, se hubiesen evitado días muy aciagos para España” (*Suplemento Enciclopedia Universal Espasa*, 1949-1952). El 18 de julio de 1937, Lerroux envió su adhesión a Franco respecto a la unificación de los partidos.

Comparte este juicio favorable sobre Lerroux el hispanista Nigel Townson: “Una política de centro habría parado y evitado la guerra civil”, en su obra *La República que no pudo ser* (Taurus, 2002), donde investiga la política de centro, a cuya cabeza estaba el Partido Republicano Radical de Lerroux. Por su parte, el historiador Stanley Payne estima que “el rechazo de Lerroux por parte de Azaña fue nefasto para la República”

Detalladamente lo explica Ricardo de La Cierva: “Al promulgarse la Constitución el 9 de diciembre de 1931 fue elegido primer presidente constitucional don Niceto Alcalá Zamora, quien designó al señor Azaña jefe del Gobierno constitucional. Entonces Azaña tomó una decisión gravemente antidemocrática; por celos y recelos personales, destituyó al ministro de Estado, don Alejandro Lerroux, que era el jefe del partido republicano más votado con noventa escaños. Con ello le arrojó fatalmente a la alianza con las derechas que ya se reorganizaban activamente. No cabe gesto más antidemocrático por parte de Azaña que excluir de la República al partido republicano con mayor representación en el Parlamento” (*Historia actualizada de la Segunda República y la Guerra de España, 1931-1939*, Madrid, Ed. Fénix, 2003, pp. 50-51).

Coincide en este mismo juicio el liberal Salvador Madariaga, ministro de la República: “A Azaña le era imposible vencer su aversión para con Lerroux, de modo que Lerroux, repelido a su izquierda, fue gravitando cada vez más hacia la derecha, mientras Azaña se apoyaba cada vez más sobre los socialistas. Y así, como el río que se abre hacia el mar ha nacido arroyuelo en las alturas, así la guerra civil puede decirse que comenzó el día en que Azaña se decidió en su ánimo a que no podía ir de la mano con el partido radical” (*España, ensayo de historia contemporánea*, cit. en R. La Cierva, o. c., p. 50).

El historiador José Álvarez Junco es sin duda el más exhaustivo y agudo analista del populismo y anticlericalismo de A. Lerroux. En su magna obra

*El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista* (Madrid, Alianza, 1990), escribe sobre él: “Considero el lerrouxismo un caso de populismo, quizás el más típico y espectacular de la historia de España” (pp. 10-11). Lerroux es un “dirigente carismático, un jefe político o caudillo”. “El incendiario comecuras de la Barcelona de comienzos de siglo es la derecha republicana de los años treinta” (p. 51). “Es preciso que desaparezcan los cuarteles y las iglesias, construyéndose en su lugar escuelas y centros donde el obrero pueda perfeccionarse” (Lerroux, 1902, p. 412). “Ni un convento en pie, ni un fraile en vagancia”. “Estamos dispuestos a perseguir frailes, a quemar conventos, a todas las convenientes atrocidades que el defensa exija”. “Unos abogan por el plomo y el petróleo, otros por colgar públicamente en artísticos racimos la inmundicia clerigalla” (Lerroux, 1901, p. 414). “El anticlericalismo era una constante cultural, común a republicanos, socialistas y anarquistas, que trascendía con mucho a la influencia y capacidad creativa de Alejandro Lerroux” (p. 414). “En cuanto al caudillo radical (aunque estaba en Buenos Aires), lo dejó marcado con un estigma de aventurero e irresponsable del que nunca lograría liberarse. En la memoria colectiva, anticlericalismo y lerrouxismo quedaron definitivamente emparentados. Desde la izquierda, aceptaron el estereotipo historiadores e ideólogos del movimiento obrero, olvidando la perennidad de los fervores anticlericales en todo el revolucionarismo hispano, con matanzas como las de 1834-35 o 1936-39 en las que el lerrouxismo –bien porque no existía aún o porque se había pasado ya al otro bando- no tuvo protagonismo ni participación. Pero también los sectores conservadores sufrieron tal conmoción por la imagen de los conventos incendiados en 1909 que les impidió valorar la actuación del radicalismo durante la gran crisis de los años treinta: ni la promoción del general Franco por un gobierno Lerroux en octubre de 1934 ni el apoyo del anciano dirigente radical a la rebelión de julio del 36 bastaron para redimirle de su anticlericalismo juvenil. El propio Franco se opuso a su regreso al país hasta que no supo que estaba en el umbral de la muerte” (p. 418). “Ningún observador penetrante dejó de notar que Lerroux había regresado de la Argentina muy cambiado. En dos multitudinarios mítines, celebrados uno en Madrid y otro en Barcelona, a finales de noviembre de 1909, se percibió ya con claridad que el republicanismo, para él, se reducía prácticamente a la libre expresión del pensamiento. F. Rivas (1915): “Lerroux fue a América siendo uno y volvió siendo otro muy distinto”. F. de Sorel (1912): “Lerroux vino a España totalmente cambiado”. H. Cenamor (1915): “A su vuelta de América se les reveló el hombre. Los viejos parlamentarios que aún guardaban el recuerdo del joven diputado que se alzaba violento sobre su escaño, viéronse sorprendidos por su corrección, por el corte elegante de su oratoria” (p. 419).

“Desde Portugal instruyó a los que aún le obedecían para que apoyasen a Franco. Pero Franco, el día de la victoria, no se lo recompensó. Lerroux sobrellevó sus nostalgias en Estoril durante ocho años, desde donde tuvo, además, que defenderse por las veleidades anticlericales de su juventud ante el tribunal para la represión de la masonería y el comunismo. En 1947, a sus 83 años, el dictador le consintió el regreso. Y el 27 de junio de 1949 don Alejandro Lerroux y García moría en su casa de la calle Marqués de Villamagna, en Madrid” (p. 431).

Escribió Alejandro Lerroux dos interesantes obras autobiográficas. 1ª *La pequeña historia. Apuntes para la historia grande, vividos y redactados por el autor*. (Buenos Aires, Editorial Cimera, 1945). Finalizados en Estoril (Portugal), a 15 de noviembre de 1937); y 2ª *Mis Memorias*, obra póstuma (Madrid, Afrodisio Aguado, 1963). De ambas espigamos largos fragmentos, exponentes del sentimiento y actitud respetuosa para con la religión, que mantendría constantemente Lerroux hasta el final de su vida, después que abandonó los hervores revolucionarios de la juventud:

De *La pequeña historia* (1945): “La familia de mi padre está vinculada en Madrid hace acaso dos siglos. De creer a los que se ocupan en fabricar árboles genealógicos, los importadores del apellido debieron venir hasta España con Felipe V. En Madrid abundan mis parientes. Uno de ellos, propietario en la calle de Toledo de varios establecimientos de ropas hechas, se acercó a participarme, algunos días después de proclamada la República, que en una de sus tiendas se habían encargado trajes de particular para bastante número de religiosos afectos a San Francisco el Grande. El hecho le llamó la atención y me lo comunicaba por si yo quería comprobarlo. San Francisco el Grande dependía del Ministerio de Estado. Por un momento sentí impulsos de llamar al Rector y expresarle mi extrañeza por aquello que me parecía expresión de desconfianza y alarma derrotista, sin ningún fundamento. ¿Podía cometerse tamaña injusticia con un régimen que había nacido immaculado, y con un Gobierno presidido por un católico militante, que tenía el sereno valor de sus convicciones?

Iba a reunirse en Ginebra, en la segunda quincena de mayo, el Consejo de la Sociedad de Naciones. El Gobierno acordó que su representación la llevara el ministro de Estado. Había olvidado ya el episodio de mi pariente de la calle de Toledo. Sería el 5 ó el 6 de mayo. Recibí una carta encabezada con una cruz. Miré la firma: Concepción Lerroux. Y por antefirma un nombre religioso. Recordé en el acto, aunque no conocía a la persona. Era una prima hermana de mi padre, que llevaba 50 años enclaustrada en la

comunidad de religiosas vulgarmente conocida en Madrid por las "Góngoras". A la sazón creo que era la Superiora. Conservó relación con mi familia hasta la muerte de mi padre el año 1894, pero sospecho que a mí debía tenerme en la opinión de réprobo. No me conocía más que por los "papeles". El texto de la carta, afectuosa y sencilla, invocaba el recuerdo de mis padres y me pedía respeto para la iglesia, protección para los conventos, piedad para los religiosos, en expresiones de sincera ternura y tembloroso temor. Me impresionó. Aquella buena señora, también temía, por lo visto, agresiones y persecuciones por parte de la República. Habrían oído hablar de mis antiguas propagandas anticlericales, trillados caminos por donde se han iniciado tantos militantes de la democracia. Nadie habría ido a decir a ésas y otras humildes monjitas, que yo, a imitación del Maestro - perdón por la jactancia- soy tan anticlerical como Jesús, con las disciplinas en el atrio del templo, pero no más; ni hago del anticlericalismo fundamento y razón de mi política, que aspira sólo a "darle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", también obedeciendo a Cristo.

Alguien las habría recordado la "Semana Trágica de Barcelona" en julio de 1909, donde mientras los separatistas lanzaban a las masas a la calle, excitándolas a la rebelión por el llamamiento a filas de los reservistas para ir a Marruecos, los republicanos hacían barricadas creyendo la hora de proclamar la República, y los anarquistas sembraban el terror quemando iglesias y conventos. Pero nadie se cuidó de explicarles, por amor a la verdad, que cuando se produjo aquella tragedia yo estaba en alta mar, navegando con rumbo a Inglaterra, de regreso de la Argentina, donde permanecí cerca de un año, de los que viví fuera de España, huyendo de la prisión a que me condenaron los Tribunales.

El respeto para una religiosa y la consideración a una pariente que llevaba mi apellido, además del deseo de defender a la República contra suposiciones que me parecían absurdas, movieronme a contestar aquella carta afectuosamente, tratando de llevar un poco de tranquilidad al ánimo alterado de la buena señora. Procuraba convencerla de que la República no había traído la misión de atentar contra la religión ni de perseguir a sus ministros. Puse esmero en la carta para que pudiese circular de mano en mano, sin olor de azufre y sin ocultar que el nuevo régimen tendría que modificar las relaciones del Estado con la Iglesia mediante leyes que se discutirían en las Cortes.

Este cuadro de síntomas se aumentó con otro episodio que voy a referir para conocimiento de los que me han creído siempre condenado a las calderas de Pedro Botero.

Después de haber permanecido en la cárcel de Madrid por una porción de delitos de imprenta, desde el 2 de mayo de 1898 hasta el 4 de febrero de 1899, fui invitado a descansar y reponerme en Andújar, por un amigo y correligionario, en cuya casa pasé breve y agradable temporada. Era abogado, hacendado y propietario de una fábrica de cerámica. Tenía una familia encantadora. Andando el tiempo y llegando la desgracia a ese hogar, se vistió de luto, se perdieron la hacienda, la fábrica y la clientela. Se perdió la cabeza de quien era más necesario que la conservase. El hogar, sin su jefe, se trasladó a Madrid, a vivir horas de miseria material y de angustia moral, liquidando a cualquier precio restos miserables del patrimonio. Una santa señora, un mozo apenas salido de la adolescencia, y cinco muchachitas, niñas casi todas aún, subieron ese calvario de la pobreza que se disimula entre cuatro paredes renegridas, y sólo resplandeciente la máquina de coser comprada a plazos. Un día del Carmen irrumpimos mi mujer y yo en aquella casa tan triste. Llevábamos para la santa que celebraba su santo una maceta de claveles rojos. Para las niñas unas chucherías. El recibo del inquilinato se lo dábamos al chico fiados de su discreción. Aquel muchacho, fino y delicado, que logró encontrar una plaza de viajante de comercio, al hacer su segunda salida de Madrid, murió en un hotel de provincias, víctima del tifus. La madre murió también. Y allí quedaron las cinco virgencitas, desoladas. La mayor padecía del mal de Pot; la segunda, que yo había tenido sobre mis rodillas cuando salí de la cárcel, tuberculosa; las otras tres tampoco estaban buenas del todo. Y se pusieron a luchar por la vida otra vez, como la cosa más natural del mundo, resignadas. Callaban siempre. Nos recibían cuando íbamos, con una sonrisa pálida. Seguían trabajando y charloteando. No podían más. A una de ellas hubo que practicarle la operación del pneumotórax para que no se muriese. La mayor que cada día doblaba más su espina dorsal, quería profesar en la religión de la Caridad. Me miraba con una sonrisa maliciosa, como pidiéndome perdón. Hubo que tomar una resolución heroica, y un día mi mujer y yo proclamamos nuestra dictadura en aquella casa. Teníamos en San Rafael desalojado uno de los chalets que componen mi finca. Aquella familia necesitaba aire puro, sol y comer caliente todos los días. Cargamos con todas ellas y las trasladamos a San Rafael. A la operada la llevamos al Sanatorio de Guadarrama, en Cercedilla, donde estuvo unos meses. La mayor se pasaba los días al sol de la sierra, medio desnuda, en una cama de campaña. Las otras tres triscaban por el pinar. Se reunieron las cinco y permanecieron en aquellas alturas dos años, verano e invierno, con las vacas, gallinas, pavos, palomas, la huerta y el jardín, leche, huevos, patatas y flores. La mayor enderezó su esqueleto y perseveró en su vocación religiosa. La segunda, fortalecida en su salud, gozaba el ansia de vivir. La tercera vivía en plena salud, animosa y fuerte.

Las dos menores parecían resucitadas. Al fin decidieron, considerándose repuestas, volver a Madrid. Volvieron a trabajar, fueron encontrando situación, la una en un estanco, la otra en una perfumería, la tercera en una agencia postal. La mayor y la más enferma permanecieron en su casa. Se casó una de ellas, la menor, y la mayor realizó su sueño dorado. Cuando vino a comunicárnoslo, acompañada de la Superiora de su comunidad, vestía ya el hábito y las amplias tocas de religiosa. Entró como temerosa del recibimiento. La recibimos con los brazos abiertos y en ellos la tuve con hábito y tocas, mientras la Superiora nos miraba indulgente y mi mujer sonreía ante el contraste. Después nos ha visitado muchas veces.

Pues todo esto va referido para contar, como conclusión, que un día, por aquellos en que los religiosos de San Francisco el Grande compraban disfraces y me escribía la Superiora de las Góngoras pidiendo protección, esta otra Superiora -que ya se había enterado de que yo no soy el Anticristo-, acompañada de nuestra amiga y ya hermana suya, se presentó en mi casa a ofrecerme protección a mí. Sabía que se hablaba de revolución. Corrían rumores de propósitos truculentos. Si había algún peligro para Don Alejandro, nadie podría sospechar que estuviera escondido en un convento o casa de religiosas. Unos me pedían protección y otras me la brindaban. Todos religiosos. Y a mí, el anticlerical, hereje, Satanás para la beatería ignorante y el fanatismo cerril. Hay, a pesar y por encima de todas las diferencias, un clima espiritual, quinta esencia de todos los sentimientos religiosos inherentes al alma humana. Es el clima de la tolerancia, de la caridad, de la fraternidad”.

“En Madrid, el populacho, excitado por unos cuantos miserables, se echó a la calle e inició la estúpida y criminal e inmotivada ofensiva contra iglesias y conventos, quemando y saqueando. A raíz de esto, mi discurso en el Casinó de Madrid fue una orientación de mi política. Condené sin reservas, rotundamente, las violencias populares y las persecuciones religiosas. La Iglesia no había recibido con hostilidad a la República. Provocarla a luchar, apenas nacido el nuevo régimen, era impolítico e injusto, por consiguiente insensato; y lo hubiera sido en cualquier momento. La guerra civil espiritualmente quedó encendida con las hogueras del 10 de mayo. En la rebelión de octubre de 1934 ha de encontrarse la justificación del alzamiento nacional de julio de 1936. Creo que fue al día siguiente del escrutinio (21 febrero 1936) cuando coincidiendo la cobardía de Portela Valladares, la impaciencia del Frente Popular y la incapacidad moral, intelectual y viril del Presidente de la República, el poder público pasó de las manos de aquel a las del que iba a ser y fue desde ese momento testafarro de la Rusia

soviética, mandatario sin voluntad ni personalidad de los marxistas españoles: Azaña... Todo lo que fue arte, filosofía, ciencia, progreso en las civilizaciones antiguas que desaparecieron o que se transformaron y vinieron a engendrar la que vivimos, debe al espíritu religioso su origen, su impulso, su evolución. Y todo lo que produjo en aquellas manifestaciones del pensamiento humano, fue anterior al libre examen, al racionalismo, al laicismo modernos. ¿Cómo negar, sin caer en lo absurdo, ese altísimo valor espiritual que representan las religiones todas? Pues contra ellas, contra sus obras, contra sus tradiciones, contra sus símbolos, contra sus Ministros y sus fieles, contra sus bibliotecas y museos y todo el tesoro acumulado a través de generaciones por todas las artes y los artistas que representaron el genio de la raza se levantó el hacha, el martillo, la hoz, la tea incendiaria, el cartucho de dinamita manejados por las manos alevosas de una plebe envenenada de odio a todo lo que presentaba un nimbo de espiritualidad”

De *Mis memorias*: “Nací en el seno de la religión católica y estoy bautizado y confirmado. Mis padres eran creyentes, cristianos, católicos poco practicantes de puertas afuera del hogar. Mi padre solía ir a misa los domingos. Mi madre cuando se lo permitía el arduo trabajo de administrar, dirigir y gobernar una casa y una familia que un año sí y otro no aumentaba. Era, sin embargo, un alma profundamente religiosa. A la cabeza de su cama, una bella estampa de la Dolorosa, que conocí toda mi vida hogareña, pregonaba la preferencia de su piedad. Cuando sufría callaba, sus ojos se alzaban a la estampa de la Virgen de los Dolores y sus labios se movían susurrando una plegaria. Me enseñó a rezar mi tía Dominica, la hermana de mi abuela. El Padre nuestro y el Credo, oraciones fundamentales de la Iglesia Católica, se incrustaron en mi memoria y en mi alma. Pero debo decir toda mi verdad en esto que son, o aspiro a que sean confesiones sinceras; hasta que más adelante me penetré del valor espiritual y simbólico de la cruz, aquel signo severo y altivo en su sencillez primitiva me inspiraba más miedo que piedad o que amor, como si yo hubiese vivido antes de la tragedia del Calvario, cuando la cruz era sencillamente un patíbulo. Mi recuerdo más agudo es el de la iglesia de Villaveza del Agua. Yo entré en aquel templo de la mano de un señor Joaquín Cuesta, secretario del Ayuntamiento y sacristán. Mi primera impresión fue de espanto. Aquella cruz negra destacándose sobre el fondo blanco de la pared del baptisterio, aquellas capillas oscuras con sus altares deslucidos, aquel techo de camaranchón... Tan solo el altar mayor, con su retablo reluciente, inspiraba respeto y veneración. El sentimiento religioso se cultiva en el alma principalmente, pero tan pronto como se concreta en doctrina y se convierte en teoría, la escuela primaria es el peor enemigo de la religión por sus textos absurdos y sus sistemas rutina-

rios. La escuela no me hizo a mí religioso. Ni el catecismo tampoco. Pasó mi espíritu por evoluciones sucesivas bien disparatadas antes de llegar a un estado de equilibrio. Cuando ya con doce años, mi tío el cura se encargó de mí y me llevó al pueblo de su parroquia, pudiera decirse que yo estaba virgen de todo prejuicio, pero también de toda fe. La biografía de los santos más notables, consagrados por la religión católica, llegó a interesarme profundamente. Aprendí seguidamente a ayudar a misa y me dediqué a mi oficio de monaguillo con la mayor afición. Aprendí a repicar las campanas y a rezar el rosario, y me complacía en rezarlo y dirigirlo en la iglesia por las tardes. Aprendí a cantar las epístolas y los días de misa mayor me hacía sustituir en el altar por otro monaguillo y yo subía al coro. Pero donde llegué al éxtasis fue en los Oficios de Semana Santa. El canto llano me enajenaba. Llevar la voz cantante era mi aspiración y fue mi orgullo cuando lo conseguí. Todo aquel curso discurrió para mí con olores de incienso y armonías de canto llano. Entraba en la iglesia como en la casa de Dios. Los objetos del culto me imponían un respeto profundo. En el curso siguiente, segundo año de latín, noté enfriada mi fe religiosa. Lo único que iba quedando incólume en mi veneración era la inmensa figura poética de aquel hombre a la vez angelical y varonil, fraternal y autoritario, el hijo de Dios que se encaminaba hacia la cruz con una insuperable voluntad de sacrificio, de amor a sus semejantes. Después de dos años de ayudar a misa diariamente, mi fe religiosa había desaparecido, por lo menos en lo que ella tiene de puro y espontáneo en las almas infantiles. Ingresé voluntario en el Ejército. En Cádiz, los domingos iba el regimiento, con su banda de cornetas y la de músicos a oír misa en la iglesia de San Francisco. Nunca pude dominar la emoción que me asaltaba cada vez que el cornetín lanzaba vibrante la nota de atención en el momento de alzar la sagrada forma.

Pasaron años. Habíame ya hecho fama de orador anticlerical y revolucionario. Debo, sin embargo, decir en mi defensa, que mi anticlericalismo no pecó nunca de grosero para las personas, ni atacó a la religión en sus fundamentos. Me alzaba contra la alianza de la Iglesia y del Estado, enemiga de la libertad de conciencia y de pensamiento y contra la excesiva intrusión de aquella en la vida civil. Hice una excursión de propaganda por el distrito de Tortosa y en uno de sus pueblecitos, cuando, terminado el acto público, nos dirigíamos al Centro donde nos habían preparado el consabido banquete, vimos llegar en dirección contraria, a cruzarse con nosotros, un sacerdote. Andaba despacio y un tanto encorvado. Su traje talar verdeaba, demostrando su antigüedad, su calidad y la pobreza del que lo vestía. Entre el grupo que me acompañaba empezaron las ironías y comentarios, pero bastó una mirada mía para contener la grosería que llega fácilmente a los

labios del pueblo. Cuando nos encontramos frente a frente, el cura se detuvo, abandonó la acera y fue a cedernos el paso. Me adelanté vivamente y sombrero en mano, saludé al cura y le invité a dejar la calzada y seguir por la acera. - ¿Quién es don Alejandro Lerroux?- preguntó con la mayor naturalidad. -Servidor de usted- le dije- -¿Desea usted algo de mí? -Nada, señor, sino conocerle. Que Dios le perdone y le bendiga. Y alzó su mano con el ademán de bendición, tan habitual en los sacerdotes. Me incliné, dándole las gracias, y seguimos nuestro camino. Un rezagado me contó después que al pasar le oyó murmurar: -¡Qué lástima! No tiene cara de malo. Pocas semanas más tarde recibí una carta de aquel sacerdote. Acostumbrado al anticlericalismo local, brutal y soez, como suele ser el fanatismo, mi gesto le había emocionado. Me lo decía y me invitaba a mantenerme en esa actitud, porque “la cortesía es la puerta de la fraternidad”, decía. Y el buen cura, entre frases llenas de emoción, me expresaba su gratitud por la lección que yo había dado a mis amigos, que desde aquella fecha también lo eran suyos, “por amor al prójimo, que es el amor de Jesucristo”. Le contesté y le envié una pequeña cantidad para que socorriera a algún pobre de su parroquia. Hasta su muerte me estuvo escribiendo de vez en cuando”. Fin de los textos transcritos.

Nunca sabremos por qué vía llegaron estas cartas manuscritas de Lerroux a manos del padre franciscano, de la Provincia de Cartagena, Deodato Carbajo (1903-1983), zamorano, entre cuyos papeles apareció, tras su fallecimiento en Murcia.

*Transcripción literal de las dos cartas manuscritas de Alejandro Lerroux.*

1ª “Estoril 5 Junio 1943.

Querida amiga Petrita, hermana Sor Buen Consejo: Yo no había querido escribirte temeroso de ser el primero en llevar a tu alma el dolor de dos tan tristes noticias. Así se lo he escrito a tus hermanas cuando tuve ya ánimo y serenidad para coger la pluma y darles el pésame por la muerte de Aurorita.

¡Qué pena tan grande! Con diferencia de horas nos han dejado un ángel y una santa; y las dos, a la vez, mártires. Del martirio de tu hermana has participado. El de mi mujer, toda mía, desde la cruz del bautismo a la cruz de la sepultura, ha consistido en andar delante de mí por los caminos de la vida para apartar los abrojos y dejarme las pocas flores que los hombres políticos cosechan en sus luchas. Por mí se sacrificó en 49 años de matrimonio, sufriendo paciente y resignada mis prisiones, emigraciones, perse-

cuciones, difamaciones y calumnias de que fui víctima. Y ha muerto sacrificándose por mí una vez más.

Se me sigue un expediente en Madrid que está a punto de resolverse. Para acelerar la resolución había que traerme un documento oficial por persona de confianza. Teresa fue encargada de ello. El 29 de marzo salió de Madrid. Un descarrilamiento en otro tren obligó a un traspaso del suyo. Con 78 años tuvo que andar de madrugada por la vía férrea, a pie, un kilómetro y hacer volatines para subir al tren de socorro. Llegó aquí bien, pero a mí se me ha metido en la cabeza que en ese accidente contrajo la enfermedad. Estuvo unos días con nosotros y el 6 de Abril regresó a Madrid, ya un poco malucha, aunque lo disimulaba para que yo no quedase intranquilo. El 9 se metió en cama. El 10 dijeron los médicos que padecía una pulmonía doble. Figúrese mi pánico: en 1882 murió mi madre de una pulmonía. En 1908, estando yo emigrado en América, murió mi hermano Arturo, que tú conociste, de una pulmonía también.

Estuvo admirablemente asistida: cuatro médicos, uno de ellos el Dr. Marañón. El 14 la declararon fuera de peligro. El 15 se levantó de la cama. Yo tenía noticia diaria por conferencia telefónica. Tuvo una recaída. La aplicaron medicamentos heroicos, de esos modernos, y reaccionó de nuevo. A principios de Mayo parecía salvada otra vez. El 10 de Mayo sintió agudo dolor en el pecho y volvió a la cama. El 11 se agravó. El 12 me decían haber perdido las esperanzas. Quise ponerme en camino y solicité permiso del Gobierno para ir. Tardaron tres días en concederlo, sin garantías. El día 13, a las 2'15 de la madrugada, dejó de existir lejos de mí. La rodeaban seres queridos, Carmeta, mi sobrino Aurelio La Cal, una sobrina suya y su esposo, algún amigo de confianza, la servidumbre antigua que acudió. Sí, todo el mundo, menos yo...

Comprenderás nuestro dolor, el desconsuelo de este hijo y el mío, impotentes para haber recibido su último beso y su última mirada.

Me preguntas si recibió auxilios espirituales. Sí, los recibió, aunque su alma pura y sin mancha podía comparecer ante Dios sin necesidad de intermediarios. El sacerdote que la asistió, fue confesado más que confesor y se separó de la enferma, admirado de su lucidez, de su serenidad, de su rectitud. Y en la hora del último sacramento aún tuvo espíritu para pedir al sacerdote que hiciese algo por mí para ayudarme a salir de esta situación...

Ya lo sabes todo. Yo no puedo recordarlo sin acongojarme. Mi penitencia está consistiendo en las emociones que me causan las cartas que recibo

llorando mi desgracia y en las que me ocasiona el tener que contestarlas evocando estos recuerdos tan dolorosos.

Acaso hayas pensado que a mí iba a parecerme mal el que recibiera auxilios de la Religión, porque no acabáis de conocerme. Que yo no los necesite es una cosa; pero que prive a nadie de recibirlos es muy distinto. La creencia en Dios, en el bien, en el amor al prójimo tiene todo mi respeto como quiera que se manifieste. Yo mismo no rechazaría aquel auxilio si con ello complacía a alguien, porque yo soy cristiano de Cristo, de los que procuran imitarle lo más posible, y como El era todo amor, seguro estoy de que si me equivoco me perdona, porque El ve en lo íntimo de la conciencia de cada uno y no puede engañársele con hipocresías.

Mi noble, leal y bondadosa mujer ha muerto bajo el signo de la Cruz. Enterrada está bajo ella. Con ella querré yo que me entierren.

Ya sabes cuanto te quiere el que alguna vez ha sido como tu padre, en unión de aquella alma tan noble, que alguna vez fue como tu madre.

A. Lerroux (rubricado)

Reverenda Sor Micaela de Lourdes: Sírvase V. expresar a la benemérita comunidad que gobierna mi sincera gratitud por la parte que toma en mi dolor y por las oraciones con que abren el camino de la gloria a mi llorada esposa. Con fervoroso respeto quedo de ustedes afect<sup>o</sup>.

A. Lerroux (rubricado)

El dolor es egoísta. Ahora reparo que apenas me he ocupado del tuyo por la doble desgracia. Perdóname”.

2<sup>a</sup> “Querida amiga Petra y hermana Sor Buen Consejo: Te imagino tan dolorida como yo, pero más resignada por tu costumbre de sufrir y de ver sufrir, ya que desde que salistes (sic) de la infancia tu vida ha sido de martirio”.

Yo empiezo a dominar mejor mis emociones porque la medicina del tiempo es infalible, pero siento en torno de mi alma una triste soledad.

Me acompaña mi pensamiento, como al poeta cristiano, y pensando en ti he recordado que el día 29, según el santoral romano, es el de tu fiesta onomástica. Aunque ni tú ni yo estemos para fiestas, las del espíritu no necesitan de alardes profanos, y el nuestro encuentra en la efeméride pretexto para saludarte.

¡Qué envidia me das en tu santa fe! Quisiera volver a la de mi infancia, cuando ayudaba a misa y cantaba los salmos de David y el “Memento mei Domine”... Porque ahora estaría creyendo que el alma de mi mujer y la de tu hermana Aurorita se habrían encontrado en la Gloria y hablarían de nosotros, con lo cual mi corazón sentiría un gran consuelo, porque pensar como pienso, que todo se ha terminado, que la vida es un sueño, que ya no la volveré a ver nunca más me desconsuela amargamente.

¿Porqué (sic) la razón ha de arrancarnos esa fe consoladora?

Perdona estos desahogos de mi pena.

Saluda a tus hermanas de comunidad y de sacrificio y recuerda el cariño fraternal que te profesa tu viejo amigo

A.Lerroix (rubricado)

Estoril 20 Junio 1943”.

Corolario: Estas dos cartas, de índole absolutamente privada por su asunto, son el mejor mentís a la opinión de Álvarez Junco, quien parece poner en duda la sinceridad de su vuelta final a la Iglesia, achacándola a propaganda política franquista: “Toda la prensa subrayó, siguiendo sin duda la consigna del día, que en sus últimos momentos había solicitado y recibido los auxilios espirituales de la Iglesia católica” (p. 431).

Estoril 5 Junio 1933

Querida amiga Petrita, hermana Don  
Pascual Comiso: Lo no había querido escribirte tuer-  
ros de mi el primero en llevar a tu alma el do-  
lor de dos tan tristes noticias. Así no lo he escri-  
to a tus hermanas cuando tú ya ábamos y re-  
venida para coger la pluma y darte el pésa-  
mo por la muerte de Aurora.

¡Qué pena tan grande! Con diferencias de  
horas nos han dejado un ángel y una santa;  
y las dos, a la vez, mártires. Del martirio de  
tu hermana has participado. El de mi mujer,  
toda mía, desde la cruz del bautismo a la  
cruz de la república, ha consistido en au-  
dar delante de mí por los caminos de la vida  
para apartar los abrojos y dejarme a mí  
con pocas flores que los hombres políticos  
conechan en sus buches. Por mí se sacrificó  
en 12 años de matrimonio, sufriendo prisa  
y resignada mis prisiones, emigraciones, per-  
secuciones, difamaciones y calumnias de que  
fui víctima. Lo he muerto sacrificándose  
por mí una vez más.

En me sigue un episodio en Madrid que está  
en punto de resolverse. Para acelerar la resolución

había que traerme un documento oficial por persona de confianza. Fresa fue encargada de ello. El 29 de Marzo salió de Madrid. Un desafortunado accidente en otro tren obligó a un trasbordo del trayecto. Con 78 años, tuvo que andar de madrugada por la vía férrea, a pie, un kilómetro y hacer volatinas para subir al tren de rococo. Llegó aquí bien, pero a mi se me ha metido en la cabeza que en ese accidente contrajo la enfermedad. Estuvo unos días en noroeste y el 6 de Abril regresó a Madrid, ya un poco mejorada, aunque lo disimulaba para que yo no quedase intranquilo. El 9 se metió en cama. El 10 dijeron los médicos que padecía una pulmonía doble. Fijárame mi genio: en 1892 murió mi madre de una pulmonía. En 1908, estando yo emigrado en América murió mi hermano Arturo, que fué conocido de una pulmonía también.

Estuvo admirablemente asistida: cuatro médicos, uno de ellos el Sr. Marañón. El 14 la declararon fuera de peligro. El 15 se levantó de la cama. Yo tenía noticia diaria por conferencias telefónicas.

Fuero una recaída. La aplicaron sudoríficos heróicos, de esos modernos, y reanunció de nuevo. A principios de Mayo padecía palvada sobre ver. El 10 de Mayo sintió agudo dolor en el pecho y volvió a la cama. El 11 se agravó. El 12 me decían haber perdido las esperanzas. Quise ponerme en camino y solicité permiso al Gobierno para ir.

2/4 tardaron tres días en responderlo, sin garantías.  
 El día 13, a las 2'15 de la madrugada hijo de  
 espíritu lejor de mí. Le rodeaban seres queridos,  
 Carmelo, mi sobrino Dandis La Caf, una sobrina  
 hija y su esposo, algún amigo de confianza,  
 la novidumbre antigua que recibí. Sí, todo  
 el mundo nuevo yo...

Comprendieras nuestro dolor, el desconcierto de  
 este hijo y el mío, impotente para haber reci-  
 bido su último beso y su última mirada.

Me preguntabas si recibí auxilios espirituales.  
 Sí, los recibí, aunque su alma pura y sin  
 mancha podía comparecer ante Dios sin ne-  
 cesidad de intermediarios. El sacerdote que la  
 asistió, ¡me confesó más que confesor y se  
 expuso de la enferma admirado de su levedad, de  
 su serenidad, de su rectitud. En la hora del últi-  
 mo sacramento aun tuvo espíritu para pedir  
 al sacerdote que hiciera algo por mí para  
 ayudarme a salir de esta situación...

Lo se sabe todo. Lo no puedo recordarlo sin  
 arrojarme. Mi penitencia está consistiendo  
 en las emociones que me causan las cartas que  
 recibí el tanto mi hermana y en las que me  
 desmoran el tener que contestarlas cuando es-



Querida amiga Petra y hermana Por  
Buena Consejo: Te imagino tan dolorida como  
yo, pero más resignada por tu costumbre  
de sufrir y de ver sufrir, ya que desde que  
saliste de la infancia tu vida ha sido  
de martirio.

Lo empiezo a dominar mejor mis emo-  
ciones porque la medicina del tiempo  
es infalible, pero siento en torno de mí  
siempre una triste soledad.

Me acompaña mi pensamiento, como  
al poeta cristiano, y pensando en ti se  
recuerda que el día 29, según el santoral  
romano, es el de tu fiesta ocofástica.  
Aunque ni tu ni yo estemos para  
fiestas, las del espíritu no necesitan  
de alarde profano y el nuestro encuen-  
tra en la efeméride protesta para sa-  
ludarse.

¡Qué envidia me das en tu santa fe!  
Quisiera volver a la de mi infancia, cuando

do ayudaba a misa y cantaba los salmos de David y el "Memento mei Domine"... Porque ahora estaría creyendo que el alma de mi mujer y la de tu hermana Anacrita, se habrían encontrado en la gloria y hablarían de nosotros, con lo cual mi corazón sentiría un gran consuelo, porque pensar como triunfo que todo se ha terminado, que la vida es un sueño, que ya no la volveré a ver nunca más me desconuela amargamente.

¿Porqué la razón ha de arrastrarnos era fe consoladora?

Perdona estos desahogos de mi pena.

Saluda a tus hermanas, de comunidad y de sacrificio y recuerda el cariño fraternal que te profesa tu viejo amigo

A Lerroix

Estoril 20 Junio 1923.

